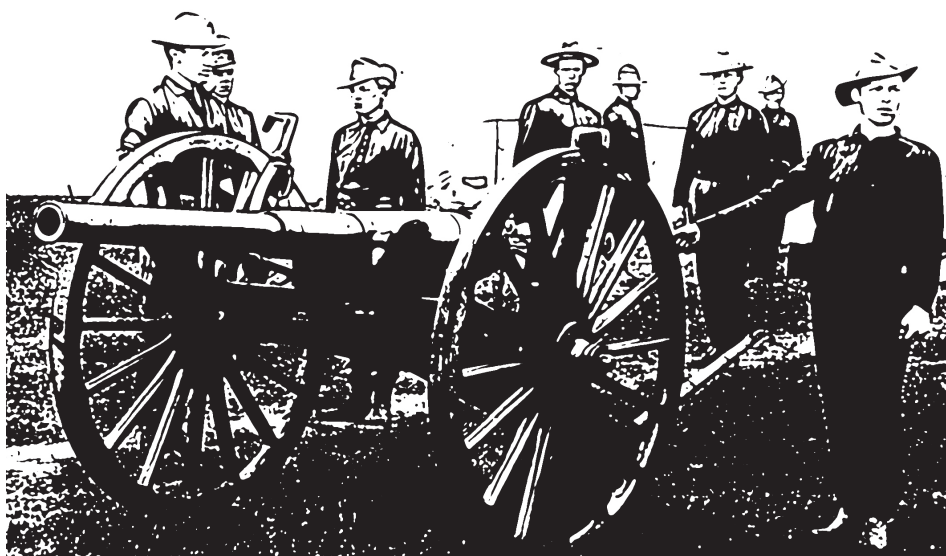


LAS GUERRAS DE PRESTIGIO, CUBA Y PUERTO RICO. 1861 A 1898

La defensa de la América española en el siglo XIX. Vol.2



JOSÉ ANTONIO LÓPEZ FERNÁNDEZ

www.hrmediciones.es

ÍNDICE

PARTE PRIMERA	7
Introducción: una potencia mundial sin recursos.	9
La intervención española en México, 1861 y 1862.	13
La lucha por la República Dominicana, 1861 a 1865.. . . .	21
La guerra del Pacífico, 1865 a 1866	41
PARTE SEGUNDA	57
Introducción: una guerra no declarada	59
La guerra de los diez años, 1868 a 1878.	67
La reactivación de la guerra y la intervención estadounidense, 1895 a 1898 . .	101
Epílogo	163
Cronología	167
Bibliografía	177

Parte Primera

MOSTRANDO EL PABELLÓN, 1861 A 1866.

Introducción: una potencia mundial sin recursos

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX, España estaba agotada económica, política y militarmente; apenas finalizadas la guerra contra las tropas napoleónicas en la Península y las extenuantes campañas para mantener el control de los virreinos españoles en el territorio continental de América, dieron comienzo las guerras carlistas originadas por las pretensiones de Carlos María Isidro de Borbón para suceder en el trono a su hermano Fernando VII, sin aceptar el nombramiento de su sobrina Isabel II como reina en su minoría de edad y la regencia de su cuñada María Cristina de Borbón Dos Sicilias.

La primera guerra carlista se prolongó desde 1833 hasta 1840, frenando los intentos de recuperación política y económica de España, y acrecentando las tensiones entre liberales y conservadores. A esta larga guerra seguiría una segunda, encabezada esta vez por el heredero del aspirante, Carlos Luis de Borbón y Braganza, conde de Montemolín, pues al fracasar el intento de desposar a su prima Isabel II se declaró en rebeldía desde Londres, dando lugar a un nuevo conflicto desarrollado entre 1846 a 1849, fundamentalmente en Cataluña.

Derrotado militar y políticamente, el conde de Montemolín volvería a alzarse sin éxito en 1855, y en su nombre tendría lugar un fallido desembarco en 1860 en San Carlos de la Rápita, Tarragona. La muerte del conde al año siguiente no desanimó a sus partidarios carlistas, que durante el período de convulsión política denominado Sexenio Revolucionario de 1868 a 1874 promoverían dos nuevos alzamientos en 1869 y 1870, seguidos de una



ISABEL II DE BORBÓN, FOTOGRAFIADA
POR J. LAURENT.

guerra mucho más amplia entre 1872 y 1876, en esta ocasión con la pretensión de aupar a Carlos de Borbón y Austria-Este, duque de Madrid, al trono de España.¹

A la continua guerra civil en el territorio peninsular se unió la inestabilidad política: la regencia de María Cristina finalizó en 1840, sustituida por el capitán general Baldomero Espartero, cuya tutela se prolongó hasta el 10 de noviembre de 1843, cuando Isabel II de Borbón juró la Constitución de 1837 y comenzó su reinado, dividido convencionalmente en varios períodos: la década moderada entre 1843 y 1853, en el curso de la cual se aprobó la Constitución de 1845; el bienio

progresista de 1854 a 1856, que comenzó con el pronunciamiento del teniente general Leopoldo O'Donnell y finalizó con la fallida Constitución de 1856, nunca promulgada; el breve gobierno del Partido Moderado entre 1856 y 1858; los gobiernos de la Unión Liberal controlados por O'Donnell entre 1856 y 1863; y la crisis final que transcurrió desde ese año hasta el pronunciamiento del brigadier Juan Bautista Topete en Cádiz, el 17 de septiembre de 1868, que dará comienzo a la llamada Revolución Gloriosa y al Sexenio Revolucionario.

Durante la última década del reinado de Isabel II, O'Donnell aprovechó la mejora de la economía, la reorganización del ejército y la reconstrucción de la Armada para emprender una serie de campañas internacionales conocidas como “Guerras de Prestigio”, cuya finalidad era situar nuevamente a España entre las principales potencias mundiales.

¹ La bibliografía sobre las guerras carlistas es abundante y muy diversa; dos obras recomendables, entre muchas otras, serían las de Antonio Moral Roncal, “Las Guerras Carlistas”, y Jordi Canal, “Dios, patria y rey. Carlismo y guerras civiles en España”, publicadas ambas por Sílex, Madrid, en 2006 y 2023 respectivamente.

Aunque han sido objeto de fuertes críticas por el coste económico y las pérdidas sufridas en buques y hombres, las expediciones emprendidas por España fuera de sus fronteras en este período respondían a la necesidad de mostrar el pabellón y la decisión de defender sus territorios, haciendo frente a las presiones de los Estados Unidos, que insistía en la compra de la isla de Cuba con amenazas apenas disimuladas.

En este sentido, la exhibición de poder militar tenía la función de desalentar a las autoridades estadounidenses, favoreciendo igualmente la colaboración con Francia y Gran Bretaña, inquietas ante el expansionismo de Estados Unidos.

Siguiendo el criterio de Alcázar Segura², incluiríamos en estas “Guerras de Prestigio” la campaña de África de 1859 a 1860, que finalizó con la victoria en Wad Ras; la participación de tropas españolas en las expediciones francesas a la Cochinchina entre 1859 a 1863, y en México en 1861 y 1862; la anexión frustrada de la República Dominicana, entre 1861 a 1865; y la denominada Guerra del Pacífico, que transcurrió entre 1865 a 1866. Debido al ámbito geográfico de este ensayo nos centraremos en las intervenciones españolas en México, Santo Domingo y la costa americana del Pacífico Sur, analizando estas operaciones como parte de la estrategia defensiva española de sus territorios americanos.

² Alcázar Segura, Agustín. “Guerras olvidadas. Las Guerras de Prestigio (1858-1866)”, versión Kindle, Luxemburgo, 2016.

La intervención española en México, 1861 y 1862.

Origen del conflicto.

España había regularizado poco a poco sus relaciones con México desde la intentona fallida del brigadier Barradas en 1829, firmándose el Tratado definitivo de Paz y de Amistad entre la República de México y el Reino de España el 28 de diciembre de 1836; pese a los desacuerdos que seguían existiendo, el apoyo del gobierno mexicano más o menos encubierto a los recientes movimientos independentistas cubanos y los ocasionales incidentes con los ciudadanos españoles que habían retornado a México, había intereses comunes en mejorar las relaciones entre ambas naciones.

La joven República de México estaba sufriendo un calvario: en 1835, poco antes de la normalización de relaciones con España, comenzó otra rebelión en Tejas, conducida de nuevo por los estadounidenses allí asentados con amplio apoyo de su gobierno. Al alzamiento respondió el ejército mexicano liderado en persona por el presidente y general en jefe Antonio López de Santa Anna, marchando contra la guarnición rebelde de la fortaleza erigida en la antigua misión de El Álamo en San Antonio de Béjar y asaltándola el 6 de marzo de 1836; sin embargo, las fuerzas de Santa Anna se internaron imprudentemente en territorio tejano, donde fueron sorprendidas por el comandante del ejército rebelde Samuel Houston, que obtuvo una victoria decisiva junto al río San Jacinto el 21 de abril de 1836, lo que llevó a la imposición a Santa Anna, prisionero de los tejanos, del Tratado de Velasco y el reconocimiento de la independencia de Tejas, rechazada por el

gobierno mexicano arguyendo que su presidente estaba cautivo y por tanto inhabilitado para negociar en nombre de la República.¹

A la rebelión tejana siguió una intervención armada de Francia contra México por un pretexto menor, iniciándose el bloqueo de la costa atlántica mexicana el 16 de abril de 1838, que derivó en el bombardeo del puerto de Veracruz y la fortaleza de San Juan de Ulúa el 21 de noviembre, forzando su rendición; el gobierno mexicano de Anastasio Bustamante reaccionó declarando la guerra a Francia el 30 de noviembre y llamando al general Santa Anna para que acudiera a defender la ciudad.

El contraalmirante francés Charles Baudin ordenó el desembarco de sus tropas el 4 de diciembre, entablándose un combate indeciso en el que fueron obligadas a reembarcar por las fuerzas de Santa Anna, aunque éste resultó gravemente herido, perdiendo una pierna.

Con el conflicto en tablas, pues Francia no volvió a atacar por tierra y México no cedió a sus exigencias, la intervención de la flota británica para proteger a sus mercantes y las gestiones diplomáticas llevaron a un convenio firmado el 9 de marzo de 1839, por el que el gobierno mexicano pagó las indemnizaciones requeridas, aunque no aceptó otras condiciones, y Francia se obligó a devolver las naves apresadas.

Mucho más grave y decisivo fue el siguiente asalto a la integridad territorial y soberanía de México protagonizado por el gobierno de Estados Unidos: en mayo de 1846, después de una serie de provocaciones que tenían como objetivo forzar la anexión de Tejas, las tropas federales estadounidenses entraron en territorio mexicano y atacaron a las fuerzas mexicanas que defendían la frontera.

La guerra había sido impulsada por el presidente James K. Polk, que nombró comandante en jefe al general Zachary Taylor para combatir a las tropas mexicanas bajo el mando del general Santa Anna, llamado de su exilio para defender a la República; después de una brava resistencia los estadounidenses se impusieron, Santa Anna partió de nuevo al exilio y México perdió por el Tratado de Guadalupe Hidalgo sus estados de Nuevo México y California, equivalentes a los estados federales actuales de Arizona, California, Nevada, Nuevo México y Utah, así como parte de Colorado, Kansas, Oklahoma y Wyoming, además de consolidarse la anexión de Tejas a los Estados Unidos,

1 Hardin, Stephen L. "The Alamo 1836. Santa Anna's Texas Campaign", Osprey, Oxford, 2001.

que se apropió de algo más de la mitad del territorio mexicano.²

La difícil situación de pérdida territorial e invasión de potencias extranjeras se agravó por la crónica inestabilidad política: entre diciembre de 1857 y enero de 1861 México se tambaleó bajo la Guerra de la Reforma, que enfrentó al partido liberal del jurista Benito Juárez con el partido conservador o clerical de Félix Zuloaga, coexistiendo dos gobiernos opuestos en el territorio mexicano, uno presidido por Juárez y otro por el general Miguel Miramón. Al prevalecer Juárez, anunció el 17 de julio de 1861 la suspensión de pagos durante dos años de la elevada deuda externa, asumida por bancos británicos, españoles, franceses y de otros países.

A esta decisión financiera se unieron la expulsión del embajador español Francisco Pacheco, diversos incidentes con ciudadanos españoles y la petición expresa de Francia y Gran Bretaña para que España colaborase en una intervención armada contra el gobierno mexicano que teóricamente no buscaba derrocarlo ni ocupar su territorio, sino garantizar los pagos pendientes.

Aunque realmente no había motivos de peso para integrarse en la coalición, el gobierno de O'Donnell buscaba el favor de Francia y Gran Bretaña ante las amenazantes presiones estadounidenses sobre Cuba y Puerto Rico, por lo que envió representantes a la convención aliada reunida en Londres, y el 31 de octubre de 1861 se acordó reunir una fuerza conjunta para invadir México en defensa de sus intereses; Estados Unidos, enfangado en la Guerra



LITOGRAFÍA DEL TENIENTE GENERAL
JUAN PRIM Y PRATS, POR F. BUCHSER.

2 Eisenhower, John S. D. "Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848", Fondo de Cultura Económica, 2000.